

CONCURSO LITERARIO RICARDO MIRO

Sección TEATRO

1 9 6 7

" SIN UNA GOTA DE ANGUSTIA "

Por: Román

" S I N U N A G O T A D E A N G U S T I A "

P E R S O N A J E S

Ambrosio, el poeta

Damofón, el maniquí

Una bailarina, el amor

Un joven amarrado, la poesía

Una anciano de dos caras, la sabiduría

Y las voces de cosas amadas.

"La verdad ha tenido en todo tiempo muchas clases de pomposos evangelistas; pero la cuestión es saber si un hombre quiere conocer la verdad en un sentido profundo, si quiere que penetre todo su ser, si quiere aceptar todas sus consecuencias, o si en caso de necesidad no reserva para sí un rincón y no tiene para la consecuencia un beso de Judas"

Sören Kierkegaard

A C T O I

ESCENARIO: A la derecha, colocada sobre una desvencijada mesa, una grotesca y monumental máquina de escribir. Está colocada a cierta altura de manera que no es necesario sentarse para escribir, es decir, se debe escribir de pie. En el centro, una vieja mecedora. A la izquierda, un canapé de color muy chillón. Colgadas del techo, a una altura que no moleste a los personajes, se encuentran cientos de cuartillas de papel, de diferentes colores y que se mecen suavemente dando un aire de irrealidad al ambiente. A foro, un ciclorama de noche cerrada, sin luna y sin estrellas.

Al abrirse el telón el escenario está a oscuras. Se oye la voz de un hombre que impreca furiosamente (entre otras sobresalen las palabras "maldito" y "Judas") Gradualmente va bajando el tono hasta que, finalmente, se convierte en amargos sollozos. Ahora se ilumina la escena lentamente, la luz debe ser blanca sin llegar a ser intensa.

Sentado en el suelo, frente al público, se encuentra Ambrosio. Se trata de un poeta, mediana edad y rostro avejentado, que no ha logrado publicar aún nada de lo que ha escrito. Sostiene Ambrosio sobre sus piernas el cuerpo de un maniquí cuya cabeza ha sido desprendida, sin encontrarse muy lejos del grupo. El maniquí, a quien Ambrosio llama Damofón, está vestido con pantalón de franela, color vino tinto; la blusa es de seda amarilla; su desprendida cabeza va maquillada como los payasos, pero en sus labios hay un rictus de dolor.

La luz se hace ahora más intensa.

AMBROSIO

(la desesperación de su llanto ha ido perdiendo intensidad, hasta convertirse en sollozos apagados.)

¡Qué fácil es estarse así!
sin vida y sin sollozos...
sin una gota de angustia sobre las sienes.

(Se estira y alcanza la cabeza del maniquí y comienza a acomodarla sobre los hombros.)

¡Ay mi Damofón querido!

(Ahora en tono declamatorio, aún gimiendo. Debe resultar ridículo.)

¡Ay mi pobre Damofón, llamado el terco por mi amor!
¿Adónde se ha escapado la luz de tu sonrisa?
La vida es cosa para la muerte
y la muerte es cosa para el olvido...

(Cuando le ha pegado la cabeza, lo acaricia con gran ternura, sentándolo a su lado)

Al verte tan sereno,
tan silencioso y tan oscuro,
pienso en abandonar la luz que se me ha cuajado en las manos para tí, e irme a vivir contigo en medio de los días apagados y las sombras en tormenta....
¡Ah, irnos! ¡Ide frente! Como Lot, sin mirar atrás...
de perfil.
Con el valor al revés y la locura rectilínea del Quijote.
¡Irnos! ¡IRNOS! ¡IRNOS!

AMBROSIO

(Continua. Más calmado)

Hasta la esquina del arco iris donde se pierde el paladar y el insano sentido de la gloria.

(Se levanta, dejando al maniquí en el suelo. Ahora el tono de su voz es firme y decidido)

¡Basta ya de divagaciones! Veamos... la cosa no es tan grave como he creído en un principio.

(Comienza a pasearse por el escenario con las manos agrarradas a la espalda)

Los problemas deben ser atacados concienzudamente. Primero: debilitarlos con un análisis frío, desenmascarando toda su terrible apariencia; segundo: lavarles con calma toda la suciedad de la angustia y, con mucho cuidado y entereza, recortarles las garras obsesivas. Entonces, cuando estemos en la cumbre de nosotros mismos, arrancarles su piel dañada... ya encontrado el camino, aplicaremos la pasión... Pero ¿de qué demonios hablo?... Si todos los problemas son débiles para un hombre que sólo tiene una pasión. Es inexplicable que pierda la calma con tanta facilidad... Si mi única pasión es el teatro y ya lo tengo casi todo...

(Se detiene en su paseo. Tomando al maniquí por los brazos, lo lleva hasta la silla mecedora del centro donde lo deja sentado. El maniquí permanece inerte, los brazos colgantes, Ambrosio se coloca atrás y le acaricia la cabeza con solicitud paternal)

Estamos aquí Damofón... ¡en el teatro! ¿lo ves? ¿te das cuenta?... Las bambalinas cuelgan primorosas, las diablas y las candilejas nos inundan con la luz indicada en el libreto; todavía se siente el olor de pintura y cola en los escenarios... Allá, lo mejor y lo peor de todo este negocio: el público. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? Ahora todo depende de tu actuación, de tu donaire, del matiz de tu voz, de tus pausas y de tus gestos... ¡Estás en escena!... Ya finalizaron los trágicos ensayos. Ya el autor y el director no existen. ¡Sólo tú!... Sólo tú, buscando esa meta difícil y luminosa del aplauso...

(Ambrosio ha quedado abstraído, sonriendo beatíficamente, como observando una escena suntuosa y dramática. Luego de unos instantes, volviendo en sí, se le va borrando la sonrisa y asume una actitud agresiva contra su personaje.)

¡Anda! ¿qué esperas? Ya se abrió el telón, dí algo felón!

(Se acerca y lo zarandea)

Se te ha olvidado todo la noche del estreno? Que te tiembla la quijada y no soportas el espanto del público? ¡Actúa bribonazo!

(Se queda un rato quieto y en silencio. Ya calmado nuevamente, con voz insinuante y dulce:)

¡Oh, perdóname Damofón! La calma y la dicha me abandonan con suma rapidez... No debo ser así contigo que eres mi hijo predilecto... el más natural y el más fluído... nada de semen, ni de sudor, ni de grititos apagados... nada de eso.

Tu eres una nubecilla malva que se desprende de mis huesos como un gas, corriéndome entre las vísceras te me trepas por la aorta y te revuelves entre las papilas foliculares antes de salir como un eructo mágico y ~~plaxaxx~~ plantarte al frente, como un fantasma que, agotado su espanto, sólo puede darnos regocijo.

(Lo acomoda en la silla, tratando de que quede lo más cómodo posible. Paternalmente y otra vez tono declamatorio.)

Duerme, palomilla mía...

¡Comeremos y beberemos con el alma!

Echémonos en el pozo tibio de la noche para ver si encontramos la alegría perdida del solitario corazón.

Aunque la noche está oscura, siempre hay algo alegre que flota en la atmósfera... Nunca me había sentido tan tranquilo... Después de todo, cada noche que pasa me parece estar más cerca de la belleza y de la paz total.

(Se acuesta en el canapé con las manos bajo la cabeza, continuando su monólogo entre suspiros y bostezos. Irá disminuyendo el tono de voz, al mismo tiempo que las luces pierden intensidad y quedar el escenario completamente a oscuras.)

¡Ah! los grandes planes que tengo para tí. Mañana verás querido Damofón. No tengas la menor duda de que impresionarás al mundo... Serán tuyos los aplausos de la tierra...

Estoy cansado... Ya no estoy triste... ni quiero que lo
estés... pero qué cansado estoy!

TELON LENTO

A C T O II

El escenario continua siendo el mismo, lo único que ha cambiado es el maniquí que, naturalmente, ahora estará encarnado por un actor debiendo asumir la misma posición que tenía el anterior.

AL ABRIRSE EL TELON: Todo a oscuras. Luces rojas y opalinas comienzan a alumbrar la escena. Damofón se desespera y, antes de levantarse, se asegura de que tiene la cabeza bien colocada. Ambrosio yace en el canapé. Hemos pasado la vigilia y estamos viviendo el sueño del poeta.)

DAMOFON

(Su voz no es muy clara, pero sólo al principio. Sus movimientos siempre serán de pantomima.)

¡Qué terrible el mundo de los sueños que me empuja a moverme y hablarte!... No hay duda de que es tu inmensa sed de gloria la que me obliga a ésto... ¡Ah! pero no creas que voy a actuar para tí. Te levantarás y me oirás, y desde ahora me hago el firme propósito de no decir las mismas necesidades que dije la última vez que te hartaste medio pollo y aquel horrible arroz con camarones...

(Se dirige al canapé y comienza a sacudir al poeta. Trata de mantenerlo sentado.)

¡Ambrosio, levántate!... Es la hora de tu sueño. ¡Anda! ¡Aquí estamos Ambrosio!... Tu sueño y yo. ¡Conmuévete!

DAMOFON

(continua)

¡Ambrosio es la hora!... el minuto tremendo de la sinceridad.

(
(Después que ha logrado mantenerlo sentado, se aleja de él y con grandes gestos lo invita a levantarse; mientras Ambrosio permanece con la cara entre las manos.)

¿Por qué será que a nadie le gusta verse en sus propios sueños?...

(Una pausa. Antonio se levanta y se acerca al maniquí.)

Ambrosio... ¿por qué no me liberas? ¡Abandóname!... suéltame! Sé que nunca te podré servir.

AMBROSIO

(Que ya se puso su ingenuo optimismo encima. El maniquí da señales de hondo abatimiento.)

Te equivocas querido Damofón. Ahora más que nunca estamos tan cerca de las estrellas... ¿Es que no te parece maravilloso el sólo hecho de poder dialogar conmigo?

DAMOFON

(Agarrándose la cabeza)

Para serte sincero, me parece peligroso...

AMBROSIO

(En tono festivo)

AMBROSIO

(continua)

Pero, ¿qué te crees? ¿Acaso soy un Pirandello que abandona por el mundo a sus personajes para que vayan rodando de teatro en teatro buscando la dudosa paternidad de un director? ¡O acaso me crees un Miguel de Unamuno que esclaviza y maltrata a su hijo mental, para luego pulverizarlo con un golpe de pluma?

DAMOFON

(Casi para sí, con amargura)

Prefiero no contestar...

AMBROSIO

(Con aire comprensivo, paternal)

No, no, no hijo mío... Tú y yo somos o, mejor dicho, vamos a ser algo diferente, dos mitades que se completan; un equipo que sólo puede ganar...

DAMOFON

(Interrumpiéndole, zumbón)

¿Qué cosa?... ¿dólares?

AMBROSIO

(Fulminándolo con la mirada, levanta la mano en gesto amenazador, mientras el maniquí recoge el cuerpo amed²rantado.)

Te mereces que ...

(Acompañando la acción a la palabra, le da un golpe, pero conte-

(contenido en la cabeza. Después de una pausa, parece arrepentido)
¡Perdóname! perdona... Quizás sea el calor. Pero, no hay duda de que tienes algo de culpa en todo esto... Mira, ven acá...

DAMOFON

(Resignado)

¡Está bien!... de todas maneras el sueño es tuyo.

AMBROSIO

(Asumiendo aire de gran solemnidad.)

¡Debes ayudarme!

DAMOFON

Está bien Ambrosio...

AMBROSIO

Gracias! Siempre, en el fondo, sabía que no me fallarías. Bien, empecemos... ¿Qué prefieres ser, un personaje moderno o uno antiguo... Un bizarro guerrero de antaño...¿Ah?

DAMOFON

Lo antiguo huele a polilla... y tu sabes que...

AMBROSIO

(Lo interrumpe, con entusiasmo)

¡Ya! Será una brillante obra moderna. ¡Implantaremos una nueva modalidad de teatro! ¡verás, será algo estupendo!

DAMOFON

Pero, es que...

AMBROSIO

(Triunfalmente)

¡Ah! Lo que yo siempre había soñado. Algo jamás escrito, ni hablado, ni comentado... Una idea nueva, original ¿Ah?

DAMOFON

(Confuso)

Humm...

AMBROSIO

Ahora: ¿qué te parece si además fueses un héroe?

DAMOFON

Ya no existen.

AMBROSIO

Bien, ¡mucho mejor! entonces un villano...

DAMOFON

(Compungido falsamente)

¡Oh no! La maldad exige mucho talento.

AMBROSIO

9(Sin darse por enterado)

Político?

DAMOFON

(Con infinito desprecio)

¡Basura!

(El diálogo se va tornando
veloz, tirante, violento.)

AMBROSIO

Aviador?

DAMOFON

(Casi no puede ocultar el espíritu burlón de sus respuestas)

¿Aquí? Pero, ¿estás loco? no ves que no hay suficiente espacio?...

AMBROSIO

YA sé, un cura... Palabra fácil, moderno, sin complejidades, ni inhibiciones para hablar del sexo...

DAMOFON

¡No! No, ¿Un cura? ¡Oh no! La gente que viene al teatro es porque le aburre menos que la Iglesia

AMBROSIO

(Que ahora sí da muestras de estar perdiendo la paciencia.)

Fijándome bien en tí... Harías un buen beatnick, o un perfecto "hippie"

DAMOFON

Hay muchos y espectaculares.

AMBROSIO

¿Qué tal un cornudo feliz?

DAMOFON

Cansa... cansa el mismo tema en todas partes.

AMBROSIO

(Como sacando su carta final)

¿Poeta?

DAMOFON

DAMOFON

No sea majadero...

AMBROSIO

(Estallando)

entonces, inada!

DAMOFON

¡Ah! al fin te vas acercando...

AMBROSIO

(A duras penas se contiene.
después de una pausa, ya más
calmado, en tono persuasivo.)

Por piedad, dáte cuenta que tú significas mucho para mí.
Eres mi nervio, mi salud, mi ambición, mi desenfreno. Se
me va cansando la ilusión de oír tu voz, -mi orgullo-
frente al público...

(Dando vueltas alrededor de
Damofón... Ahora su tono es
suave y amoroso)

Debes comprender que la única forma que tengo de acometer
una empresa es a través de tí... Por tu boca he de decir
lo que tengo que decir... ¿Entiendes?

DAMOFON

(Extrañado)

¿Cómo es eso de hablar a través de mí?

AMBROSIO

(Con aire solemne)

Es una forma de batallar.

DAMOFON

Pero, tu podrías batallar en muchas formas.

AMBROSIO

No lo creas. Soy muy débil para otra clase de acción...

(Hay una larga pausa. No se decide a continuar.)

DAMOFON

(Con curiosidad)

Hay otros más débiles y sin embargo...

AMBROSIO

(Cortando sus palabras)

Es que... además soy cobarde.

DAMOFON

Ahhh...

AMBROSIO

(Con una leve esperanza)

Entonces...

DAMOFON

Pues no... no sé.

AMBROSIO

(Pierde la paciencia. Acercándosele, le propina un terrible empujón que lo hace rodar por el suelo.)

Naturalmente que no sabes... ¡Tú nunca sabes nada! Y es

cierto, tú nunca sabrás nada sin mí... compréndelo pronto o terminarás sin cabeza.

DAMOFON

(Desde el suelo, débilmente)

Eso ya lo sé...

(Sus movimientos vuelven a ser tan torpes como al principio, como si el empujón le hubiese quitado la facilidad de movimientos que ya había adquirido.)

AMBROSIO

(Con aire desesperado da vueltas por el frente del escenario agarrándose con ambas manos la cabeza)

¡Desgracia es lo que me trae la negra noche!
Farricidas es lo único que da a luz mi inspiración.
¿Qué oscura y diabólica fuerza se opone a mi poesía?

(Después de una pausa su ira a decaído. Se queda mirando a Damofón, quien continúa en el suelo con ojos extraviados, vagos. Luego de una pausa, tristemente:)

Ven acá palomilla celeste, bñando sueño... ¡Ven y déjame darte un beso!

(Damofón se levanta trabajosamente y se dirige con docilidad hasta Ambrosio, quien le da un sonoro beso en la mejilla.)

DAMOFON

(En un suspiro)

¡Qué noche tan larga!

AMBROSIO

¿Qué te parece si empezamos nuevamente?

DAMOFON

(Impasible, resignado)

Bien...

AMBROSIO

Lo primero que debo saber es tu opinión acerca del bien y del mal.

DAMOFON

(Tono suplicante)

Pero Poeta, si esas cosas nunca me interesaron en lo más mínimo, ¿Cómo podría opinar acerca de ellas?

AMBROSIO

Ah... esa es parte de mi trabajo, hacer que te interesen.

DAMOFON

(Zumbón)

Después que no termines estrangulándome.

AMBROSIO

(Apartando una nube de pésimo humor.)

¡Bah/! Eso no volverá a suceder. Además, te vuelvo a repetir, tú siempre tienes algo de culpa en mis excesos... Eres, o tratas de ser tan especial que llegas a irritarme; pero,

Es cierto. Perdona. Vamos a cambiarlo de esta manera: ¿que crees tú ser?
(Vuelto a la calma)

AMBROSIO

Así empezaste la otra noche... ¿recuerdas?

DAMOFON

Pero, ¿qué diablos te has creído que eres?

(Agitado)

AMBROSIO

Para decir la verdad, no tengo preferencia por ningún pa-
pel. Me gustaría quedarme así, tal cual soy.
dosas palabras del poeta.)
table que no cree en las bonda-
(un poco balbuceante. Es no-

DAMOFON

Hace un rato llegué a la conclusión de que había empeza-
do mal... sólo pensaba en mí. Pues bien, dejemos ahora mi
egoísmo, dime qué es lo que preteres ser, sin pensar en
que tu elección pueda disgustarme... ¡Anda! dime. Sabes
que siempre te he considerado como un hijo...
(Adoptando, no sin esfuerzo,
un tono persuasivo-bondadoso.)

AMBROSIO

Como quieras.

DAMOFON

en fin, no hablemos de eso.

DAMOFON

(Apartando la vista de Ambrosio,
casi en un susurro.)

Nada...

AMBROSIO

(Hay cansancio y pesar en su voz)

En ese caso, yo también soy... nada. Tú eres el elemento
acción de mi vida, sin embargo no dejas que haga nada con-
tigo... Nada... ¿El acabóse, ¿no es así?... Y crees que
me voy a resignar a eso?

DAMOFON

(Con inusitada decisión)

Sobre tu resignación no puedo decidir nada.

AMBROSIO

(Hace un gesto de desagrado,
pero se contiene. Se aleja de
Damofón, mientras se quita la
camisa y la usa a manera de toa-
lla.)

Hace un calor tremendo...

DAMOFON

ANJA...

AMBROSIO

(Como para sí)

Este es un clima agobiante... Todo parece con mayor premura
en este país: la honradez, el talento, la poesía... No creo
que estoy lejos de la verdad si pienso que también el calor

tiene mucho que hacer con mi paciencia.

(Ahora se dirige a Damofón)

Y llego a tener deseos de...

DAMOFON

De estrangularme.

AMBROSIO

(Ríe nervioso, se acerca más y le tira la camisa a Damofón en son de broma.)

¡Correcto! Correcto... Pero, te juro que es algo incontrollable... Tú sabes, uno siempre hiere a las personas que más quiere, sin desearlo.

(Damofón se ha acercado hasta Ambrosio y comienza a secarle el sudor de la espalda.)

Me agrada ver que no te soy del todo indiferente, que tú también sientes algo por mí.

DAMOFON

(Confuso, pero sonriendo)

No sé... he estado tanto tiempo a tu lado.

AMBROSIO

Díme Damofón, ¿no te gustaría vivir aquí? Quiero decir, existir en medio de esta ciudad? Díme, ¿te disgustamos tanto?

DAMOFON

(Festivo)

¡Oh no! Al contrario... Sus habitantes me parecen maravillosamente sinceros, nunca hablan bien unos de otros.

AMBROSIO

Puede que tengas razón en eso, pero, de todas maneras, de la convivencia nace el cariño y eso... siempre es bello, el amor es algo de creación, lo que yo tanto necesito...

DAMOFON

(Se acerca y tomándole las manos a Ambrosio habla en tono grave, casi suplicante.)

¡Por qué creación?... al mundo entero, y más especialmente a los poetas, debiera bastarles el amor.

AMBROSIO

(Se libera suavemente, ahora le habla jovial, paternalmente)

¡No! Niño de las siete nubes. No basta el amor cuando se nace artista. Quizás para cualquier otra persona el amor es el trocito de ideal con que rellenan la materia de sus vidas. En el artista, toda su vida es espíritu, lo único material es su obra... ¡He allí su amor!

DAMOFON

(Meneando la cabeza, con aire indeciso)

y sin embargo...

AMBROSIO

(Hay algo de alarma en su pregunta.)

Y... ¿sin embargo qué?

DAMOFON

(SERENAMENTE)

Pues, sin embargo te oigo decirle a todas las damas que frecuentan esta habitación, que las amas profunda y totalmente... y te ves tan sincero en esos momentos.

AMBROSIO

(Un poco confundido)

Bueno, eso es otra cosa, otra verdad. Tú no puedes saberlo porque aun no existes.

DAMOFON

(Con un escalofrío)

¡Caramba! ¡qué suerte no ser un hombre!

AMBROSIO

(No puede controlar otra exclamación.)

¡Qué suerte la de ser hombre!

DAMOFON

(Mirando con dulzura, casi con lástima. Después de una pausa:)

Mira Ambrosio, tú me has hecho todo lo que soy. Antes, tan sólo era un poco de algodón y de trapos sueltos. Me has dado, al menos, algo de forma y, durante tus sueños, hasta me haces hablar. Sin embargo, las cosas simples de la vida, como el algodón que forman mis músculos, saben ciertas cosas secretas para los hombres; secretos de la tierra que el hombre, animal complejísimo jamás sabrá. Escucha bien lo que te voy a proponer: las cosas más sencillas y bellas del mundo, mejor dicho, del universo, están sueltas y vagando muy cerca del sueño de los hombres; como yo no pue-

soñar, estoy más cerca de ellas que tu subconsciente; podría traértelas... Sólo de ti depende que puedas verlas u oírlas.

AMBROSIO

(Como la pausa se alarga. Impaciente)

CONTINUA... continua.

DAMOFON

(Carraspeando, como con pena)

Después de oírlas, ya despierto has de llenar muchas cuartillas, pero a mí, habrás de libertarme... ¡Darme mi paz y mi libertad de algodón.!

AMBROSIO

(Con impaciencia)

¡Claro Damofoón!.... Seguro!

DAMOFON

(Con aire misterioso)

Te enseñaré a cantar los hushabye, la melodía encantada que sirve para alejar las influencias malignas... Lo único que necesito es un huquelele.

AMBROSIO

(Desconcertado)

Pero, no tenemos ningún huquelele...

DAMOFON

(Tranquilamente)

Te olvidas que estamos en un sueño y que todo es posible...

(Alza los brazos como pidiendo)

(lo al cielo. De arriba la bajan lentamente un huquelele.)

AMBROSIO

(Tranquilo. No ha dado muestras de asombro ante el prodigio.)

¿Desde cuándo sabes tocar ese aparato?

DAMOFON

(Dando los primeros acordes)

En los sueños no es necesario SABER, basta con DESEAR vivamente

(Comienza a rasgar un son monótono, mientras declama:)

"La noche trae un viento negro
que canta a media voz, la tierra.
Yo también con mágico acento,
cantaré y domaré a las fieras."

(Se interrumpe y, durante una pausa, queda como a la expectativa de algo sobrenatural que flota en el ambiente. Las luces van tomando un tinte rojo.)

El gran Shylabee se ha dormido, soñando con Lillith la imponderable. ¡Ah! Si la dulce Morgana quisiera taer ahora, las bellas voces que se callan en ~~xx~~ el corazón de los mortales.

(Ambrosio se encuentra sumamente excitado. Le hace señas a Damofón quien ha quedado en silencio.)

AMBROSIO

Hay algo extraordinario en el ambiente. Lo siento aquí, en la piel...

DAMOFON

En la piel del sueño

(Ambrosio se mueve inquieto alrededor de la máquina de escribir, a la que mira con gran espanto.)

¿No sientes algo extraño?

AMBROSIO

(Interrumpiendo su paseo)

Sí pero no podría decir que es.

DAMOFON

Algo así como una música lejana.

(Hace un gesto de indiferencia con los hombros y se pone a rasgar nuevamente el huquelele, mutando palabras ininteligibles)

AMBROSIO

(Muy nervioso)

¡Calla esa maldita música, sino ¿Cómo quieres que oiga lo ~~xx~~ que tu dices oír?

DAMOFON

Cálmese Poeta! lo que tiene que venir ha de venir...

^x ¡Ahora comienza a escucharse, cada vez más intensamente, la

(la melodía de "La Bacarolla"
de "los cuentos de Hoffman", de
Jacques Offenbach. Ambos perso-
najes lo han notado y quedan po-
niendo suma atención. Después
de una pausa:)

DAMOFON

¿Y ahora?...

AMBROSIO

(Con gesto de impaciencia)

¡Shhh!

ESCENA II

Por la derecha, a foro, aparece una frágil "ballerina", su vestido es blanco, de corte clásico, tiene los ojos vendados. Ha de permanecer bailando en escena hasta que Damofón exclame: "Se va el amor, poeta!". La música es siempre el tema de "La Bacarolla"

DAMOFON

(Con gran deleite)

¡Ah Poeta!... ¡es el amor!

AMBROSIO

(Siempre muy excitado, se mueve nervioso por el escenario, pero no puede ver a la bailarina)

Pero... ¡No dice nada!

DAMOFON

(Burlón)

¡Hombre!... El amor es un vapor azul, música y pies alados.
¡Cómo se te ocurre que se puede ensuciar con palabrejas!...
Francamente Ambrosio, me sorprendes. Con razón el amor tam-
poco te puede ver...

AMBROSIO

(Desesperado se acerca hasta Da-
mofoñ y lo zarandea por el brazo)

¿Dónde está? ¡Díme!... Al menos, señálalo!

DAMOFON

(Señala con el índice a la baila-
rina. Ambrosio se lanza corriendo
en la dirección indicada por Da-
mafón, corre con los brazos a-
biertos, pero ya la bailarina, con
un rápido movimiento se ha alejado
En su desesperación, Ambrosio casi
derriba la máquina de escribir.)

Así no Ambrosio... El amor está en todas partes. Si en ~~en~~
treinta años no has podido tenerlo una sola vez. Cómo pre-
tendes, que en esta sola noche, cuando apenas es un sueño...

AMBROSIO

(Ya ha perdido el candor de la
búsqueda, su mirada se ha torna-
do fría y feroz.)

¡No me importa! En lo absoluto me importa con el amor.

DAMOFON

(Cuando se repone de la impresión del brusco cambio)

Cuando yo era semilla de algodón, una vez escuché a un poeta lunar que dijo: "Estoy cansado del cansancio de tanto zorro que, inutilmente, trata de comer las uvas del cercado ajeno"...

AMBROSIO

¿Un poeta lunar?

DAMOFON

Sí, así llamo yo a los duendes.

(La bailarina, que había estado danzando por el centro del escenario, hace mutis por la izquierda. Damofón se sobresalta:)

¡Ambrosio! ¡Se va!... ¡Se va el amor, Poeta!

AMBROSIO

(Conteniendo un impulso de correr tras la dirección que indica la mirada de Damofón. Forzadamente indiferente:)

Ya lo dije. No me importa en absoluto con el amor. Además, siempre me queda la poesía.

DAMOFON

(Un poco sever, un poco sentencioso)

Siempre hay algo bueno en el hombre, por eso cree hacer, oír

o comprender a la poesía!

AMBROSIO

(Jactanciso)

Un tema que yo domino.

DAMOFON

Perdona que te lo diga, pero la poesía es un zarzal humean-
te que asfixia al que lo siga... Y, te puedo adelantar, tus
pulmones no están muy sanos.

AMBROSIO

(Siempre desafiante)

¡Oh tú! espléndida luz solar...
por qué ahora, vacilante retrocedes ante la débil noche?

(Saliendo de su tono declama-
torio)

¿Poesía? ¿Ves cómo me sale por los poros?

DAMOFON

(Con vehemencia súbita)

¡Ambrosio! ¿Te atreverías a llamar a la Poesía?

AMBROSIO

(Con toda la fuerza de sus
pulmones.)

¡POESIAAAA!!!

ESCENA III

Inmediatamente después del grito de Ambrosio, comienzan a crecer en resonancia un apagado resonar de timbales y platillos. Por la derecha, entra en escena un joven, vestido a la usanza griega, pero con un cómico sombrero de copa. Tiene las manos atadas a la espalda. Atravesará el escenario lentamente y dando pequeños rodeos. Hará mutis por la izquierda cuando termine de escucharse la voz de la poesía. La voz de la poesía / será la voz del joven, pero previamente grabada para lograr efectos en altoparlante hacia el público.

DAMOFON

(Gesticulando graciosamente)

¡Poeta! Te presento a la Poesía.

AMBROSIO

(Desconcertado se señala los oídos con los índices.)

No oigo nada... es puro ruido.

DAMOFON

(Con cierta infantil malignidad. El ruido ha decrecido.)

¡Naturalmente! ...¿En qué año crees que estamos? La poesía tiene que ser sexo y patria; egoísmo y luna; estreñidas y astronautas; cerveza y violín...

AMBROSIO

(Haciendo bocina con las manos para vencer el sonido de los timbales.)

AMBROSIO

Para mí... ¡ESO NO ES POESIA!!!

(Se callan súbito los timbales
antes de terminar Ambrosio su

más tontamente desconcertado.)

VOZ DE LA POESIA

(EL JOVEN ATADO SE DIRIGE A
AMBROSIO)

"... en los sepulcros graznan, rechinan roñosos por los bron-
quios... y hasta por los cansados huesos.
Me estremezco. Estos hombres, que al viento al mar doblegaron
amenazantes contra mí parecen volverse.
De qué te sirve a lo alto querer subir? ¿Qué se adelanta
luchando? ¿amando? Todo el destino lo iguala.
Pero tú, tú, alcornoque, que apenas a ras de la tierra te

, estamos atados, aunque todos somos igualmente inocentes. Yo
, tú, La Poesía, el mundo...

AMBROSIO

Todavía no entiendo.

DAMOFON

Por que los sueños nos rozan la piel, no el corazón.

AMBROSIO

(Con voz agobiada)

¡Con que ésa es la poesía! La he oído y no me dice nada...
¡Ah, sí, es insultante! No creas que no entendí, pero no
tienen sus palabras sabiduría...

DAMOFON

Pero vistes sus manos? ¡Las tenía atadas!

AMBROSIO

No la ví... la oí. Tenía la voz atada.

DAMOFON

Entonces...

AMBROSIO

(Derrotado)

Entonces... como tú decías: nada. Soy ciego para el amor e
incapaz para la poesía. En resumidas cuentas: un perfecto
ignorante.

DAMOFON

(Con extravagante y reprimido
júbilo)

DAMOFON

¿Ignorante? ¡No! no quiero que pienses eso... Mira, tenemos tiempo. La noche es demasiado joven.

(Desalentado, el poeta ha ido a sentarse en la mecedora. Trás una pausa larga.)

¡Espera! ¡No te desanimes!... Conozco a un viejo. ¡Ese sí! Es lento y silencioso. Estoy seguro que te convencerá, entonces me querrás dar mi libertad. Te conviene verlo antes del despertar.

AMBROSIO

(Con voz carente de emoción)

Traélo...

DAMOFON

(Con entusiasmo)

¡Así se habla!... Ya verás: ¡qué personaje!

(Damofón trata de reanimar al poeta remedando el andar de un viejo lento y chocho, pero no hay interés en la mirada de Ambrosio.)

¡Es la sabiduría amigo mío! la sabiduría

(repite varias veces, bajando el tono de voz hasta hacerse apenas un susurro.)

la sabiduría... la sabiduría...

ESCENA IV

Esta vez por la izquierda, entra un anciano de larga barba blanca, vestido con una túnica negra, que no le llega a arrastrar, ceñida a la cintura por un cordón también negro. Camina lentamente y encorvado, tal como lo describiera Damofón. Esta vez, el primero en verlo es Ambrosio, pero su entrada no le causa ningún asombro.

AMBROSIO

(Tranquilo)

A ti sí te puedo ver.

ANCIANO

Sí.

AMBROSIO

(Damofón se ha ido escurriendo tras la máquina de escribir hacia la mecedora.)

Y oír también

ANCIANO

¡Claro! Es que soy el más sencillo.

AMBROSIO

(Damofón ya se encuentra en la vieja mecedora, en su primitiva posición.)

Para serte franco, no me inspiras confianza.

ANCIANO

¿A pesar que me ves y me escuchas?

AMBROSIO

(Se le nota un ligero titubeo)

a pesar de eso...

(Después de una corta pero pesada pausa.)

Es que no me ~~dic~~ dices nada...

ANCIANO

Es que no tango nada que decirte.

AMBROSIO

Estoy por pensar que eres un farsante.

ANCIANO

Todos, tarde o temprano, piensan lo mismo.

AMBROSIO

(Aparta la mirada. Con tono evocador.)

Mi madre decía: "La virtud es de una sola pieza, la verdad y la sabiduría, siempre tienen dos caras."

ANCIANO

Es posible que tuviese razón.

AMBROSIO

Entonces, ¿tienes dos caras?

(El viejo se yergue desafiante, lo mira sin contestar. Temerariamente, venciendo un oscuro temor, Ambrosio se le acerca, le pone la mano en el hombro y

(con acento compungido:)

¡Perdóneme usted!

(En este momento se apagan las baterías y las diabras, encendiéndose un haz de luz que abarca a los dos personajes. Hay una larga pausa en esta posición. Ambrosio de un violento tirón, le arranca las barbas al anciano. Junto con las barbas se viene también una ~~car~~ca. El rostro del anciano es ahora una horrible calavera. Pasado el instante de estupor, Ambrosio retrocede tambaleante. Saliendo del haz luminoso. El anciano comienza a reír, primero suavemente, luego estentóreamente. Se apagan las luces totalmente.)

ESCENA V

Cuando se vuelven a encender las luces, Ambrosio se encuentra dormido en el canapé, el maniquí, esta vez el del primer acto, se encuentra recostado en la silla mecedora. Las luces vuelven a tener la misma intensidad que en el primer acto.

AMBROSIO

AMBROSIO

(Se despierta sobresaltado. se sienta al borde de la cama, restregándose los ojos. después de mirar a todos lados, se quedará mirando fijamente al maniquí.)

¡Ah la que hemos pasado, mi querido Damofón! Pero algo hemos aprendido... ¿No?...

(Se levanta y se acerca al maniquí. Le da unas palmadas cariñosas en los hombros, que hacen que éste se caiga. Enseguida se altera el rostro de Ambrosio.)

¿Es que te vas a poner terco nuevamente?...

(Pausa tense)

¿Conque te niegas a hablar eh?... ¡maldito ~~cmx~~ cochino!... No eres más que un horrible cero.

(Lo agarra por el cuello y lo lleva hasta el centro del escenario, zarandeándolo brutalmente.)

¡Judas!

(Frenético)

¡Judas mil veces!

(le retuerce la cabeza hasta que se la arranca, rodando por el suelo. Ambrosio, temblando

(de rabia, deja caer el cuerpo del maniquí. Se mesa los cabellos. Está próximo al paroxismo. Súbito, decide sentarse junto al destrozado maniquí. Tenso, lívido, parece a punto de estallar. Los ojos le quieren saltar de las órbitas. Al fin, estalla en un llanto convulsivo. Las luces se apagan. Entre sollozos se escucha la voz de Ambrosio:)

¡Qué fácil es estarse así!
sin vida y sin sollozos...
Sin una gota de angustia sobre las sienes...

T E L O N